

La Crítica de las *Observaciones Filosóficas* a Russell y al *Tractatus*

I) *Presentación*

Independientemente de qué lugar ocupe en la jerarquía de las obras maestras de filosofía, el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein es un libro absolutamente genial. Todo en él es original y profundo. El *Tractatus* es un libro clave en más de un sentido y lo menos que podemos decir es que la filosofía era una antes de que saliera publicado y otra después de su publicación. Hay tesis o puntos de vista concernientes a la lógica, al significado, la realidad, las matemáticas, la estética, etc., que después del *Tractatus* simplemente ya no se pueden sostener. Dejando de lado círculos filosóficos más o menos estrechos o limitados, el reconocimiento de la importancia del libro en el mundo de la filosofía profesional y más allá de éste se inició desde principios de los años 60, después de la publicación del primer libro que se publicó sobre el *Tractatus*, a saber, el libro de Elizabeth Anscombe¹. Desde entonces se cuentan en miles los artículos, los libros, las conferencias, los congresos, etc., a los que el libro ha dado lugar. Muchos filósofos han dedicado artículos enteros a partes específicas del texto o, inclusive, a pronunciamientos aislados que siempre han dejado perplejos a sus lectores y exégetas, como es el caso de las proposiciones 2.0211, 3.1432, 5.541 o 6.54, por no mencionar más que algunos ejemplos famosos. Sin duda, el libro de Wittgenstein ha sido criticado desde muy variados puntos de vista, e.g., la naturaleza de la lógica, la Teoría Pictórica, la teoría de la identidad, la “doctrina” de lo indecible, etc., pero hasta donde yo sé al menos no ha habido más que **un** crítico que se haya atrevido a elaborar un ataque frontal y en profundidad **al todo** del libro, a saber, Wittgenstein mismo. Por otra parte, es altamente probable que el filósofo que más haya retado diversos posicionamientos decisivos del *Tractatus* sea Bertrand Russell, lo cual obviamente no es inexplicable. En lo que a Wittgenstein concierne puede afirmarse que las *Investigaciones Filosóficas* contienen en sus primeros 100 secciones el desmantelamiento definitivo *in toto* de la filosofía del *Tractatus*. Lo que en el *magnum opus* de Wittgenstein encontramos es la destrucción sistemática y, podría decirse, inmisericorde de las presuposiciones fundamentales de la filosofía tractariana, en particular las concernientes a la naturaleza del lenguaje, mas no únicamente. Sin embargo, por ningún motivo debería pasarse por alto el hecho de que la labor de auto-crítica por parte de Wittgenstein, esto es, de su crítica de su *Tractatus* empezó varios años antes, esto es, desde los inicios de su regreso a la filosofía y, concretamente, de su reincorporación a la Universidad Cambridge, en

¹ G. E. M. Anscombe, *An Introduction to Wittgenstein's Tractatus* (London: Hutchinson University Library, 1971).

enero de 1929. Como es bien sabido, durante ese primer año en Cambridge Wittgenstein no impartió clases. Obtuvo su doctorado, publicó un artículo y dedicó el resto de su tiempo a preparar un escrito a fin de que Russell pudiera emitir una evaluación dependiendo de la cual la universidad lo contrataría o no. Y precisamente el conjunto de notas que Wittgenstein redactó durante la segunda mitad de 1929 y principios de 1930 apareció publicado póstumamente como *Observaciones Filosóficas* (*Philosophische Bemerkungen*)². Antes de ocuparme de algunos aspectos de este texto, quisiera decir acerca de él unas cuantas palabras de carácter general.

Por múltiples razones, lo cierto es que las *Observaciones Filosóficas* son un texto magnífico. En él Wittgenstein ya abandona el estilo lapidario, propio del atomismo lógico del *Tractatus*, divide sus observaciones en dos grandes grupos, uno dedicado básicamente a temas de filosofía del lenguaje y teoría del conocimiento y otro consagrado a temas de filosofía de las matemáticas y de la lógica, un formato que se repetirá en otras de sus obras. El libro es la condensación de una aventura filosófica sin precedentes. Un sinfín de nuevas ideas, por así decirlo, le explotan en la cabeza a Wittgenstein. Ahora bien, sería erróneo ver en las *Observaciones Filosóficas* un libro de resultados definitivos, porque en realidad es más bien un texto de exploración y de discusión filosóficas. Cabe preguntar: ¿cómo es que Wittgenstein logra generar un número tan grande de nuevos pensamientos? Todos sabemos de su legendaria capacidad para concentrarse en un tema y perseguir una idea hasta dejarla completamente analizada, pero es evidente que se necesitaba de algo más para producir un texto como el de las *Observaciones*. Lo que queremos saber es: ¿cuál fue en este caso su principal fuente de inspiración? Cuando se analiza el texto con cuidado, de inmediato se percata uno de que quien está detrás de muchos de los nuevos puntos de vista plasmados en las *Observaciones* que Wittgenstein empieza a poner en circulación es ante todo y en primer lugar Bertrand Russell, pero no únicamente puesto que si Russell es el blanco de nuevas críticas, automáticamente el *Tractatus* también lo es. La crítica de las *Observaciones*, por lo tanto, es simultáneamente una crítica de la filosofía de Russell y un trabajo de auto-crítica en el que el blanco es el *Tractatus*. Amplios sectores del texto están, pues, dedicados a criticar y a dismantelar tanto posiciones típicamente russellianas como puntos de vista tractarianos. De hecho, deseo sostener que el libro simplemente **no se** entiende si no se tiene como trasfondo tanto el *Tractatus* como la filosofía russelliana considerada globalmente. En este ensayo me concentraré básicamente en algunos temas de la primera parte de las *Observaciones*. Concretamente intentaré reconstruir lo que Wittgenstein tiene que decir en relación con los siguientes seis tópicos:

² Hay traducción al español de Alejandro Tomasini Bassols, *Observaciones Filosóficas* (México: IIF/UNAM, 2008), 2ª edición. Este es el texto que en este ensayo utilizaré para citar.

- a) el desplazamiento de la lógica por la Gramática³
- b) la “intencionalidad” del lenguaje
- c) la imposibilidad de encontrar “proposiciones elementales”
- d) el ataque al idealismo (en su versión russelliana)
- e) el abandono de la noción de un lenguaje fenomenológico
- f) el rechazo de la concepción del “yo” como límite del mundo

Sin duda, hay muchos temas más acerca de los cuales lo que Wittgenstein tiene que decir es a la vez novedoso y sumamente excitante intelectualmente. Las *Observaciones Filosóficas* son un texto optimista y, como ahora lo sabemos, de transición. No obstante, si bien Wittgenstein modificará y ampliará diversos puntos de vista en él incorporados, hay “intuiciones” nuevas que serán parte de su pensamiento hasta el último día. En lo que sigue, trataré de rescatar dichas intuiciones fundamentales.

II) *Las nuevas ideas*

A decir verdad, contemplando retrospectivamente la cuestión y gozando de la visión que proporcionan muchos años de discusiones podemos apreciar que el rompimiento de Wittgenstein con su pasado fue desde el principio radical y el repudio de sus posiciones tractarianas casi completo, es decir, en prácticamente todos los (por así llamarlos) “frentes filosóficos”. Naturalmente y como era de esperarse, en su caso la transformación filosófica gira en primer término en torno al lenguaje. Ahora bien, sería erróneo afirmar que súbitamente Wittgenstein reaparece en el escenario filosófico con una concepción enteramente nueva y acabada del lenguaje, una concepción alternativa a la del *Tractatus*. Más bien de entrada él se mueve, con ciertas ideas tractarianas básicas como trasfondo, en una dirección diferente a la del *Tractatus*. Para intentar determinar dicho movimiento procederemos al modo como procede a quien me gustaría etiquetar como el ‘primer Wittgenstein puro’, esto es, el Wittgenstein que ya no le debe filosóficamente nada a nadie.

A) **Gramática.** Que la noción de Gramática es crucial lo deja ver el hecho de que es introducida desde el primer párrafo del texto. Esta es la, por así llamarla, introducción oficial de la noción, una noción cuya utilidad e importancia se irán acrecentando con el tiempo hasta volverse uno de los instrumentos fundamentales de aparato conceptual wittgensteiniano. Ahora bien, es importante entender que la noción es introducida para marcar un contraste, todavía no aclarado, con la de lógica. Cualquiera habría podido adivinar que, tarde o temprano, habría de plantearse un

³ Usaré ‘Gramática’ para referirme a lo que en las *Investigaciones* Wittgenstein denomina ‘gramática en profundidad’ (*Tiefengrammatik*, *depth grammar*) y distinguirla así de la gramática escolar.

conflicto frontal entre la Gramática y la lógica y, aunque es prematuro todavía pronunciarse sobre el tema, podemos adelantar la idea de que la noción de Gramática es fundamental por la sencilla razón de que es introducida para **desplazar** a la de lógica en el examen filosófico del lenguaje. Aunque Wittgenstein acaba de introducir la noción y por lo tanto no ofrece todavía ni un mínimo de caracterización de la Gramática, lo que el texto deja traslucir es que hablar de Gramática es aludir a **reglas** y lo que es filosóficamente peligroso es carecer de una “**representación perspicua**” de ellas. Estas ideas se irán enriqueciendo con el tiempo, pero son introducidas de golpe desde la primera página del libro.

Ahora bien, la noción de Gramática acarrea consigo la de **análisis Gramatical**. Esto echa luz sobre el proyecto filosófico de Wittgenstein: lo que éste quiere es marcar un contraste con las reglas de la lógica y aspira a separar la clase de análisis que es útil en filosofía, esto es, el análisis Gramatical, con el que sólo lo parece, es decir, el análisis lógico. Por otra parte, es interesante notar que mucho de lo que Wittgenstein había sostenido acerca de la lógica lo afirma ahora de la Gramática. Por ejemplo, en el *Tractatus* la lógica es “trascendental”, es decir, no es un algo que pueda ser juzgado, ella misma no puede ser puesta en palabras. La razón es obvia: cualquier cosa que quiera decirse sobre su naturaleza última presupone ya los rasgos de la lógica que se quisiera destacar. Como bien lo vio Aristóteles, la lógica está presupuesta en todo lo que se diga, por lo que no puede haber propiamente hablando una explicación de ella. Ahora bien, lo mismo sucede, *mutatis mutandis*, con la Gramática. Dice Wittgenstein:

*Yo no llamo a **una** regla de representación una convención si puede quedar justificada en proposiciones, las cuales describen lo que es representado y muestran que la representación es adecuada. Las convenciones de la gramática no permiten que se les justifique mediante la descripción de lo que es representado. Toda descripción así presupone ya las reglas de la gramática.*⁴

La idea se volverá familiar con el tiempo y desembocará en el bien conocido punto de vista de la autonomía de la Gramática. El estudio de ésta es el que se requiere en filosofía, puesto que versa sobre lo que es esencial al lenguaje. Una diferencia crucial entre las reglas de la lógica y las de la Gramática es que las primeras son necesariamente formales y carentes de contenido. No es ese el caso de las reglas de la Gramática.

⁴ L. Wittgenstein, *ibid.*, I, (7).

Wittgenstein estaba perfectamente consciente de que intentar desplazar a la lógica de su posición privilegiada significaba, entre otras cosas, minar tanto la posición del *Tractatus* como la de Russell. Ahora bien, sin por ello renunciar a sus nuevos puntos de vista Wittgenstein trató hasta donde pudo de eludir el choque frontal con Russell, algo que tarde o temprano tenía inevitablemente que suceder. Quizá sea entonces por esta actitud un tanto ambivalente en relación con Russell, una actitud que se irá enconando con el tiempo, que Wittgenstein hace todavía un esfuerzo por vincular su nuevas ideas con las de Russell. De ahí que él trate de establecer alguna clase de conexión entre su noción de Gramática y la teoría russelliana de los Tipos Lógicos. Su idea no era ciertamente adoptar la teoría de Russell, una teoría brutalmente descartada en el *Tractatus* y que podría tener una fuerza regulativa u operativa sólo en relación con sistemas formales, es decir, con cálculos inventados por lógicos o matemáticos. Es obvio que a Wittgenstein no se le habría ocurrido intentar forzar a los hablantes a que se ajustaran a las jerarquizaciones propias de la teoría russelliana. Por ejemplo, no hay teoría que le impida al hablante normal afirmar ‘La expresión “Todas las proposiciones representan hechos” es también una proposición’, aunque esta proposición no represente ningún hecho. La idea de Wittgenstein parece más bien ser la de entender la noción de Gramática como un sistema regulatorio de palabras y oraciones que de alguna manera estructura el lenguaje de modo que, cuando se hacen explícitas sus reglas, las afirmaciones filosóficas quedan automáticamente exhibidas como carentes de sentido, como ridículas o absurdas. Empero, una vez más, a diferencia de lo que pasa con la Teoría de los Tipos Lógicos la Gramática no es un sistema de estipulaciones meramente formales. De aquí que su afirmación, en el sentido de que

*La Gramática es una ‘theory of logical types’.*⁵

tenga que ser matizada para evitar equivocaciones. Independientemente de lo anterior, es importante entender que de todos modos la vía para la confrontación con el modo de pensar ruselliano-tractariano ya estaba despejada. No obstante, en 1929 Wittgenstein todavía se expresa de manera un tanto ambigua, como cuando afirma que

*Una proposición está completamente analizada desde un punto de vista lógico (énfasis ATB) si su gramática queda por completo aclarada.*⁶

Obviamente, el paso del enfoque “lógico” y puramente formal al Gramatical vendría acompañado de múltiples otros cambios. Uno de ellos, **sumamente** importante, es el que concierne a la funcionalidad del lenguaje.

⁵ L. Wittgenstein, *ibid.*, I, (7)

⁶ L. Wittgenstein, *ibid.*, I, (1).

B) **La “intencionalidad” del lenguaje.** Desde siempre los filósofos, y en especial los atomistas lógicos (*i.e.*, Russell y el autor del *Tractatus*) han estado convencidos de que la principal función del lenguaje es “describir la realidad”. En el *Tractatus*, Wittgenstein llevó esa convicción al extremo. Para él, las proposiciones eran retratos de hechos, esto es, concatenaciones de signos isomórficamente estructurados como los “hechos” que representan. En las *Observaciones* se refleja ya sin mayores ambigüedades un cambio importante en la concepción tractariana, que Wittgenstein de todos modos sigue haciendo suya. O sea, Wittgenstein sigue haciendo suya la idea de pictoricidad proposicional sólo que ahora le adscribe al lenguaje un objetivo diferente: lo que él ahora va a sostener es que esos retratos lingüísticos que son las oraciones bien formadas y semánticamente apropiadas de nuestro lenguaje tienen no sólo una función meramente representacional, sino ante todo una función **práctica**. Es importante que nuestras oraciones sean retratos, pero lo es igualmente cómo se les toma o aplica. Wittgenstein intenta hacer ver esto argumentando una y otra vez que cualquier descripción puede revestir la forma de una instrucción, de una orden, y a la inversa. De ahí que formas gramaticales como la de “sujeto + verbo + predicado” sean en el fondo filosóficamente irrelevantes y con ella la de argumento y función. En cambio, el hecho de que se pueda lograr lo mismo dando una instrucción que describiendo algo muestra que la Teoría Pictórica había ignorado *ab initio* un rasgo fundamental del lenguaje, esto es, su faceta práctica, su **aplicabilidad**. Con decisión Wittgenstein afirma:

*Si se excluye del lenguaje el elemento de la intención, toda su función se derrumba.*⁷

Huelga decir que al usar la palabra ‘intención’ en relación con el lenguaje Wittgenstein no pretende en lo más mínimo sostener que el lenguaje incorpora de uno u otro modo elementos mentales, en el sentido filosófico tradicional. La noción de intencionalidad del lenguaje corresponde más bien a la idea de que el lenguaje existe y es usado porque se le emplea en conexión con fines que los hablantes se auto-asignan en su vida cotidiana. Dice Wittgenstein:

*Se puede decir: el sentido de una proposición es su propósito (o, de una palabra, ‘its meaning is its purpose’).*⁸

Al modificar la importancia de los diversos rasgos del lenguaje, Wittgenstein se ve forzado a ir reemplazando elementos de su antiguo aparato lógico-conceptual, y por ende puramente formal, por otros acordes a una concepción del lenguaje como un instrumento que permite que los hablantes se fijen y alcancen objetivos. Uno de esos

⁷ L. Wittgenstein, *ibid*, III, (20).

⁸ L. Wittgenstein, *ibid.*, II, (15).

elementos que es rápidamente abandonado es el concepto de forma lógica, crucial tanto en el *Tractatus* como en la filosofía de Russell. Wittgenstein sostenía que el retrato y el hecho retratado tenían que tener algo en común y esto era la forma lógica, instanciada simultáneamente tanto en el lenguaje como en la realidad. En las *Observaciones*, sin embargo, la idea de forma lógica es sustituida por la de “misma multiplicidad”. Es obvio que tenía que producirse un cambio en este sentido, dado que la noción de forma lógica es enteramente inadecuada para explicar la aplicabilidad del lenguaje, que es lo que en esta nueva etapa a Wittgenstein más le interesaba resaltar:

*El lenguaje tiene que tener la misma multiplicidad de un tablero de control que desencadena las acciones que corresponden a sus proposiciones.*⁹

La multiplicidad del lenguaje es la razón de ser de su practicalidad, lo que la explica. Ahora bien, la idea de “intencionalidad” del lenguaje se tiene que, por así decirlo, “demostrar”, es decir, se tiene que hacer ver que efectivamente la aplicabilidad del lenguaje es esencial a éste. Pero ¿cómo se muestra eso? No hay más que una forma de hacerlo: mediante ejemplos. Es interesante notar que lo que Wittgenstein logrará hacer de manera relativamente fácil en obras como las *Investigaciones* o *Zettel*, en esta etapa primeriza le cuesta mucho y la razón es obvia: él no dispone todavía de todos los elementos que las explicaciones Gramaticales requieren. Por ejemplo, él todavía no introduce la idea de conducta contextualizada y no cuenta con el importante concepto de criterio, fundamentales ambos para dar cuenta de la utilización de los conceptos psicológicos. En esta primera etapa, a Wittgenstein se le plantea el problema de **cómo** se aplican los retratos. Nótese entonces que con una y la misma oración se pueden hacer cosas muy diferentes. Para dar un ejemplo simple: puedo emplear ‘es un hombre brillante’ para afirmar que se trata de una persona inteligente, locuaz, etc., o bien puedo emplearla para indicar que pienso que se trata de una persona torpe, aburrida, superficial. ¿Cómo sabemos qué aplicación se hizo de la expresión? Al respecto, Wittgenstein hace la siguiente aclaración:

*¿Cómo se puede tomar un retrato? La intención nunca reside en el retrato mismo puesto que, independientemente de cómo quede éste constituido, al retrato siempre se le podrá tomar de modos distintos. Pero eso no dice que el modo como se tomó el retrato emerja únicamente cuando haya provocado una cierta reacción, porque la intención ya está expresada en el modo como **ahora** comparo el retrato con la realidad.*¹⁰

⁹ L. Wittgenstein, *ibid.*, II, (13).

¹⁰ L. Wittgenstein, *ibid.*, III, (24).

El punto es importante, porque es el afán de Wittgenstein por resaltar la faceta práctica del lenguaje lo que finalmente lo llevará a un choque directo con Russell. Es evidente que si algún libro aparte del *Tractatus* tenía Wittgenstein presente al escribir las *Observaciones* ese libro era *The Analysis of Mind*. Lo que Wittgenstein va a rechazar de la explicación russelliana es el hecho de que éste sólo establece “conexiones externas” entre las oraciones (retratos) y las acciones. Wittgenstein expone de manera muy clara la diferencia entre su posición y la de Russell. Nos dice:

*La diferencia esencial entre la concepción pictórica y la concepción de Russell, Ogden y Richards es, empero, que la primera considera el reconocimiento como la percepción de una relación interna, en tanto que en la otra esta es una relación externa.*¹¹

E inmediatamente después nos explica:

*(...) para mí hay sólo dos cosas involucradas en el hecho de que un pensamiento es verdadero, i.e., el pensamiento y el hecho, en tanto que para Russell hay tres, i.e., el pensamiento, el hecho y un tercer evento que, si tiene lugar, es simplemente el reconocimiento.*¹²

Es evidente que Wittgenstein leyó a fondo a Russell y que captó muy bien las consecuencias desastrosas de la aparentemente inatacable teoría russelliana. Explica Wittgenstein:

*Este tercer evento, por así decirlo una especie de satisfacción de hambre (...) podría ser, por ejemplo, el surgimiento de un sentimiento de placer. Es una cuestión de total indiferencia cómo describamos aquí este tercer evento; ello es irrelevante para la esencia de la teoría.*¹³

Puede ser que no sea particularmente importante describir ese famoso “tercer evento”, pero lo que es evidente son las consecuencias de la teoría. Señala Wittgenstein:

Creo que la teoría de Russell desemboca en lo siguiente: si le doy a alguien una orden y estoy contento con lo que él hace, entonces él ejecutó la orden.

¹¹ L. Wittgenstein, *ibid.*, III, (21).

¹² L. Wittgenstein, *loc. cit.*

¹³ L. Wittgenstein, *ibid.*, III, (21).

(Si yo quería comerme una manzana y alguien me golpea en el estómago, cancelando mi apetito, entonces era ese golpe lo que originalmente quería).¹⁴

Sintetizando: el cambio en la concepción del lenguaje que lleva a Wittgenstein del énfasis en la lógica al énfasis en la “intencionalidad” lo conduce *eo ipso* a un choque con Russell, puesto que ahora Wittgenstein entiende que es la concepción meramente pictórica o representacional del lenguaje lo que no permite explicar la aplicación del lenguaje. Es cierto que, guiado por su purismo lógico, él no se había ocupado de estos temas durante su primer periodo, por lo que estrictamente hablando no tiene nada que auto-reprocharse en este contexto, pero es evidente que la antigua concepción del lenguaje no era susceptible de satisfacer las exigencias explicativas que la aplicación y la utilización del lenguaje ahora imponen. Wittgenstein se sirve entonces de Russell, quien sí se había ocupado de estos temas, para distanciarse cada vez más de la antigua posición común. La crítica de Russell es, pues, un gran aliciente para Wittgenstein, pues a manera de reto lo impulsa a generar una concepción diferente de la concepción del lenguaje desarrollada en el *Tractatus*. Dado que Russell se había ocupado de temas de filosofía de la mente, Wittgenstein se ve forzado a incursionar por primera vez en esas áreas de la filosofía. Así, aunque las aclaraciones definitivas de Wittgenstein en torno a los conceptos psicológicos vendrán mucho después, en las *Observaciones* Wittgenstein **tiene** al menos que ejemplificar, aunque sea a grandes rasgos, qué clase de explicación proporcionaría en principio su nueva perspectiva. Él lo hace y toma como caso particular la expectativa (*Erwartung*).

Por expectativa vamos a entender el suceso psicológico que se expresa mediante oraciones de la forma ‘Estoy a la espera de que suceda *x*’, ‘Estoy esperando que pase *y*’, etc., y múltiples otras en las que no necesariamente aparece la palabra ‘esperar’ o alguno de sus derivados. Por ejemplo, estoy viendo por la ventana y le digo a quien está junto a mí: ‘No me distraigas, porque de un momento a otro va a pasar el vecino y quiero verlo’. En otras palabras: estoy esperando¹⁵ que el vecino pase. Al suceso consistente en el pasar del vecino Wittgenstein lo llama la ‘respuesta’ a la expectativa. Aquí lo importante es notar que dicho suceso puede no pasar y entonces ¿cómo reconoce uno que lo que tuvo era efectivamente una “expectativa”? Russell hace depender la expectativa de algo “externo” a ella. Va, por consiguiente, a

¹⁴ L. Wittgenstein, *ibid.*, III, (21).

¹⁵ Aquí es importante hacer una aclaración lingüística. En español tenemos **dos** nociones íntimamente relacionadas pero no idénticas, a saber, tener una expectativa y tener una esperanza. Lo que confunde es que en ambos casos se usa un mismo verbo, a saber, ‘esperar’. En inglés hay dos nociones recogidas por dos palabras distintas, a saber, ‘hope’ y ‘expectation’. La noción de la que Wittgenstein se ocupa es esta última. Sin entrar en detalles, podríamos decir que toda esperanza es una expectativa, pero no toda expectativa es una esperanza. En general diríamos que tener una esperanza es creer que algo positivo va a suceder, en tanto que tener una expectativa es más bien neutral. Uno puede tener una expectativa tanto de algo bueno como de algo malo.

ofrecer un esquema explicativo de orden **causal** pero, como de inmediato Wittgenstein lo percibe, toda explicación causal es “externa” al fenómeno estudiado, pues hace depender la comprensión del fenómeno de factores externos, *i.e.*, de lo que pase o no pase. Wittgenstein en cambio insiste en que, suceda o no lo que el sujeto espera, éste de entrada ya sabe qué es lo que espera e insiste en que la relación que se da entre la conducta de esperar que algo pase y el sentido de la expresión ‘estoy esperando *x*’ es interna. Si la realización de la expectativa genera en mí júbilo o tristeza, ello es algo totalmente irrelevante para la explicación de la naturaleza misma de la expectativa. La expectativa está completa desde el momento en que es concebida. Obviamente, Wittgenstein desarrollará su punto de vista y completará en otros escritos lo que tiene que decir sobre la expectativa, pero en todo caso creo haber dejado establecido cuál es el nuevo enfoque de Wittgenstein y en qué dirección se mueve.

C) *La inexistencia de proposiciones elementales*. Uno de los problemas que el *Tractatus* dejó sembrados y sin resolver fue el problema del color, un problema que en realidad vale por igual para todas las así llamadas ‘cualidades secundarias’. El problema es simple: la lógica nos indica que hay proposiciones últimas, esto es, atómicas o elementales, cuya característica fundamental es que su valor de verdad es totalmente independiente del valor de verdad de cualquier otra proposición. Una proposición elemental ni implica ni es implicada por ninguna otra. Por otra parte, sin embargo, cuando examinamos los candidatos más viables para obtener el *status* de “proposición elemental” en el lenguaje natural inevitablemente volvemos la mirada hacia proposiciones de la forma ‘*x* es rojo’. El problema es que ninguna proposición de esa forma es lógicamente independiente. Wittgenstein nos recuerda algo que todo hablante normal ya sabe, esto es, que si algo es rojo entonces ya no es verde, si es caliente entonces no es frío, si es agudo entonces no es bajo y así sucesivamente. En otras palabras, si ‘*a* es rojo’ es verdadero, entonces ‘*a* es verde’, ‘*a* es blanco’, ‘*a* es negro’, ‘*a* es lila’, etc., son **falsas**. Esto puede parecer una trivialidad pero, si lo que estamos tratando de esclarecer es la naturaleza de las proposiciones en el lenguaje natural, entonces dicho recordatorio es todo menos trivial. ¿Por qué? Porque lo que Wittgenstein está poniendo de relieve es simplemente que en el lenguaje natural **no hay tal cosa como proposiciones lógicamente simples**. No hay proposición que no esté vinculada por relaciones lógicas, semánticas o inclusive factuales con otras de modo que de una u otra forma su valor de verdad depende de los de otras. O sea, sencillamente no hay proposiciones que sean verdaderas o falsas con total independencia de los valores de verdad de otras. Esta constatación, sin embargo, representa un golpe terrible al atomismo lógico y, muy especialmente, a su propia versión del mismo. Y, naturalmente, Wittgenstein extrae las consecuencias de este un tanto sorpresivo resultado: hace ver que la concepción de la proposición desarrollada en el *Tractatus* es falsa, puesto que en realidad las proposiciones vienen más bien en

grupos y que su significatividad depende de su pertenencia al grupo. No podría haber un lenguaje que tuviera ‘rojo’ como único nombre de color; los potenciales hablantes de ese lenguaje no podrían saber ni lo que son los colores ni lo que significa ‘rojo’. Los colores forman una familia, de manera que aprender lo que es verde implica que se aprende también a detectar y reconocer lo que es rojo, lo que es azul, etc. En otras palabras: es sólo al interior de un sistema categorial determinado que podemos hablar de proposiciones elementales y el hecho de pertenecer a un determinado sistema simplemente cancela su independencia lógica.

Sin duda, se puede tener la tentación de ofrecer lo que a primera vista serían contraejemplos inobjetables. Supongamos que alguien dice: “*Pero de seguro que ‘soy mexicano’ es una proposición elemental*”. En la medida en que simplemente la represento mediante la letra ‘*p*’ eso **parece** ser así. No obstante, salta a la vista que si puedo afirmar que soy mexicano es porque presupongo que soy un ser humano, que soy oriundo del país llamado ‘México’, que soy una persona con un determinado código genético, que tengo pasaporte mexicano, que no soy francés, argentino, etc., y así indefinidamente. La proposición puede ser **vista como una proposición elemental** sólo si se le considera exclusivamente como portadora de un valor de verdad. Entonces y sólo entonces la proposición ‘soy mexicano’ puede ser catalogada como una proposición elemental. Al margen de dicho conjunto de presuposiciones quizá hasta la categoría misma de “proposición elemental” resulte inservible o irrelevante.

La crítica de la noción lógica de proposición elemental en tanto que aplicada al lenguaje natural sienta las bases para la destrucción del atomismo lógico. Si no hay proposiciones elementales no tendrá mucho sentido hablar de hechos simples, totalmente independientes unos de otros. Como podemos ver, lenta pero implacablemente Wittgenstein va juntando los elementos que le permitirán destruir de una vez por todas lo que él en alguna ocasión pensara que era una filosofía perfecta.

D) ***El ataque al idealismo.*** Wittgenstein, ya lo dijimos, fue atraído hacia la teoría del conocimiento por los escritos de Russell sólo que, en lugar de coincidir con él y tratar de desarrollar las intuiciones fundamentales de este último, todas ellas de corte empirista, de entrada Wittgenstein encuentra que las posiciones de Russell no sólo son incompatibles con su nueva perspectiva sino que también son intrínsecamente inaceptables. Una vez más, como en tantas otras ocasiones y contextos, si queremos entender qué persigue Wittgenstein en las *Observaciones* lo mejor es sacar a la luz la relación que hay entre lo que él afirma y lo que Russell sostiene. Ahora bien, como se sabe desde que adoptó y desarrolló el logicismo, Russell se convirtió en un pensador “constructivista” y así como construía los números enteros usando la teoría de conjuntos y la lógica, así después se dio a la tarea de construir los objetos del mundo

externo y, en verdad, el mundo externo mismo (*i.e.*, junto con el espacio y el tiempo) en términos de sus ya famosos *sense-data*, de lo que denominaba “universales” (propiedades y relaciones) y de las formas lógicas. Lo cierto es además de meramente delinear lo que sería un programa construccionista, Russell mismo no intentó desarrollar detalladamente su propio programa. Si se tuviera que mencionar a quien sí se tomó en serio dicho programa y quien se echó auestas la tarea de implementarlo y desarrollarlo habría que pensar en Rudolf Carnap. Fue en su *Der Logische Aufbau der Welt* en donde éste intentó implementar el programa russelliano de construcción del mundo partiendo de los *data* de una persona y del universal “semejanza”. Dejando de lado la muy laudable aunque totalmente fallida faena carnapiana, lo cierto es que Russell sentó las bases de una nueva forma de idealismo y aunque hizo todo lo que pudo para no ser tachado de idealista, resulta imposible no verlo de esa manera. Todas sus nociones apuntan en esa dirección: *sense-data*, perspectivas, conocimiento directo (*by acquaintance*), etc., no permiten duda respecto a la orientación idealista de Russell en su versión “*sense-datista*”. Russell, como es bien sabido, hizo un supremo esfuerzo para hacer de sus “*sense-data*” objetos no mentales, a los que llamo ‘*sensibilia*’, pero eso no pasó de ser una hábil estratagema que no modificaba radicalmente su ubicación en el marco del idealismo. Lo interesante para nosotros es que el idealismo es precisamente uno de los blancos más severamente criticados por Wittgenstein en las *Observaciones*.

Es, a no dudarlo, en el *Big Typescript* en donde Wittgenstein despliega un demoledor ataque en contra de la teoría russelliana de los *sense-data*, pero el paso inicial lo da en lo que fue su primer manuscrito de 1929-30. Wittgenstein contrasta lo natural que en todos los sentidos nos resulta el mundo “físico”: en cuanto al movimiento, a nuestro cuerpo, a nuestra coincidencia en percepciones, recuerdos, etc., con lo extraño que resulta el mundo descrito por los idealistas, esto es, el mundo de las “ideas”, de las cuales los *sense-data* russellianos son los herederos. Wittgenstein señala toda una variedad de incongruencias en el idealismo en general y en el construccionismo russelliano en particular. Está, para empezar, la idea de que no disponemos de ninguna plataforma alternativa a la que de hecho tenemos. No podemos optar entre diversas formas de percibir, por ejemplo, entre el modo como perciben el mundo una serpiente, una abeja o un camaleón y el nuestro. Y tampoco disponemos de una plataforma lingüística alternativa a la constituida por el lenguaje natural. Dice Wittgenstein:

*Porque dado que el lenguaje deriva su modo de significar sólo de su significado, del mundo, no es concebible ningún lenguaje que no represente a este mundo.*¹⁶

¹⁶ L. Wittgenstein, *ibid.*, V, (47).

¿En qué consiste la ilusión, el error básico de los idealistas? En pensar que pueden simplemente traspasar todas las categorías que se forman con el lenguaje natural al universo mentalista por ellos creado, que el lenguaje puede ser aplicado indistintamente tanto en el mundo físico como en el de las impresiones sensoriales o de las apariencias de los objetos. Nos dice:

Los peores errores filosóficos siempre surgen cuando se pretende aplicar nuestro lenguaje cotidiano – físico – en el área de lo inmediatamente dado.¹⁷

Tanto en las “Notas para las Clases sobre ‘Experiencia Privada’ y ‘Sense Data’” como en el *Big Typescript*, Wittgenstein desarrolla una feroz crítica de la teoría russelliana del espacio. Partiendo de la idea de que el espacio visual es tanto privado como tridimensional, Russell construye el espacio físico (no “fiscalista”) como un espacio de seis dimensiones, pues sería un espacio tri-dimensional constituido por una infinitud de espacios privados de tres dimensiones. Wittgenstein exhibe los absurdos en los que forzosamente una concepción así desemboca. En las obras citadas él se ocupa ante todo de la noción absurda de espacio que se deriva de los planteamientos de Russell, pero en la *Observaciones* su crítica se centra ante todo (y someramente) en la noción de tiempo propia del idealismo russelliano. Si apelamos a la imagen de la cinta de la película y equiparamos a los *sense-data* con cada uno de los cuadros que la constituyen, entonces tendremos que decir que en el mundo de las representaciones el tiempo es irreal. Los idealistas confunden el tiempo real, *i.e.*, el de la cinta de la película, con el tiempo de las imágenes (el mundo de los *sense-data*) y sobre la base de dicha identificación hacen inferencias. De lo que no se dan cuenta, sin embargo, es de los absurdos implicados por sus tesis. Por ejemplo, tiene sentido decir “Mañana sacaré mi perro a pasear”, pero no tiene el menor sentido afirmar “Mañana sacaré mis *sense-data* de mi perro a pasear”. ‘Mañana’ no puede significar lo mismo en ambos casos. Por lo tanto la segunda oración es simplemente un sinsentido. Naturalmente, consecuencias como esa se pueden generar al por mayor. Por eso afirma Wittgenstein:

Por lo tanto, no se puede aplicar el concepto de tiempo, i.e., las reglas de la sintaxis que valen para los sustantivos físicos, en el mundo de la imagen, no se pueden aplicar ahí donde se adopta un modo radicalmente diferente de hablar.¹⁸

¹⁷ L. Wittgenstein, *ibid.*, VI, (57).

¹⁸ L. Wittgenstein, *ibid.*, V, (49).

Por otra parte, la idea filosófica de tiempo, esto es, la del supuesto tiempo de la imagen de la película, inevitablemente lleva a pensar que sólo el presente es real o, más precisamente, que lo único real es **mi** experiencia actual, **mi** presente:

*La proposición de que sólo la experiencia actual tiene realidad parece contener la última consecuencia del solipsismo.*¹⁹

Así, pues, una identificación filosófica inválida conduce a la proliferación de tesis inverosímiles y por ende de teorías absurdas. Lo curioso es que el filósofo tradicional no sabe ni dónde ni cómo detenerse y sigue produciendo tesis ininteligibles unas tras otras. El filósofo no está preparado para reparar en lo absurdo de sus propias formulaciones, porque como bien dice Wittgenstein, si alguien siente la tentación de afirmar que sólo su experiencia momentánea actual o presente es real, lo primero que hay que responderle es que tiene que aclararnos qué significado le adscribe a las palabras ‘actual’ o ‘presente’ cuando hace su afirmación, porque de seguro que normalmente ‘actual’ y ‘presente’ son términos significativos si permiten la contrastación con ‘pasado’ y con ‘futuro’. Pero eso no es lo que el solipsista quiere decir. Objeta Wittgenstein:

*Sentimos la tentación de decir: sólo la experiencia del momento actual tiene realidad. Y entonces la primera respuesta tiene que ser: ¿en tanto que opuesta a qué?*²⁰

El idealista-solipsista pretende usar el lenguaje del mundo físico para enunciar algo que, siguiendo con la metáfora, concierne exclusivamente a la imagen en la pantalla, no a la película, pero de lo que no se percata es de que al hacerlo rompe todas las conexiones conceptuales implícitas y en virtud de las cuales las palabras que él mismo usa son significativas. Wittgenstein expone claramente el punto como sigue:

*Si alguien dice: sólo la **experiencia actual** tiene realidad, entonces la palabra ‘actual’ tiene que ser aquí redundante, como la palabra ‘yo’ lo es en otros contextos. Porque no puede significar **actual** en tanto que opuesto al pasado y al futuro.- Se tiene que querer decir algo diferente mediante la palabra, algo que no está **en** un espacio, sino que ello mismo sea un espacio. Es decir, no algo que colinda con algo diferente (que por lo tanto lo limitaría). Y, de este modo, algo que el lenguaje no puede legítimamente poner de relieve.*²¹

¹⁹ L. Wittgenstein, *ibid.*, V, (54).

²⁰ L. Wittgenstein, *loc. cit.*

²¹ L. Wittgenstein, *ibid.*, V, (54),

Wittgenstein exhibe las incoherencias del idealista en relación con el tiempo, como lo hará en relación con el espacio posteriormente. La discusión es en sí misma apasionante y a primera vista totalmente general, pero lo que salta a la vista es que a quien en primer lugar Wittgenstein tiene en la mira es a su ex-maestro y a partir de entonces rival, a saber, Bertrand Russell.

E) *Abandono del lenguaje fenomenológico*. En diversos escritos J. Hintikka sostuvo que la palabra ‘mostrar’ era el término técnico de Wittgenstein en el *Tractatus* para hablar de ostensión. Si ello fuera así, lo que en principio sería el lenguaje completamente analizado se compondría de proposiciones elementales exclusivamente y sería el lenguaje de la experiencia inmediata, un lenguaje genuinamente fenomenológico. El *Tractatus*, sin embargo, no proporciona ni un ejemplo de proposición completamente analizada, pero dado el atractivo que el solipsismo representa para el primer Wittgenstein podemos inferir algunos rasgos de dicho lenguaje. Las proposiciones de ese lenguaje referirían directamente a los estados psicológicos del sujeto, estados a los que se supone que sólo cada sujeto en su propio caso tendría acceso. Evidentemente, estamos hablando de un lenguaje que en sentido estricto sólo el hablante comprendería. Por ejemplo, si el hablante expresara su dolor, dado que sólo **su** experiencia del momento sería real, sólo él podría saber de qué está hablando, a qué se refiere. El imaginario lenguaje fenomenológico tendría el término indicado para referir a eso que sólo el hablante conoce. Ahora bien, el cambio operado por Wittgenstein a partir de su regreso a Cambridge en relación con el lenguaje pone en crisis la concepción del *Tractatus* y sus consecuencias. Casi súbitamente, Wittgenstein deja de creer en el lenguaje “primario” y es contundentemente claro al respecto:

No hay – como solía creerlo – un lenguaje primario en tanto que opuesto a nuestro lenguaje cotidiano, el “secundario”.²²

Este punto es de primera importancia: lo que Wittgenstein está descubriendo es que todo eso que sería esencialmente privado y que el lenguaje fenomenológico, el lenguaje “primario” supuestamente permitiría decir **se puede expresar perfectamente bien en el lenguaje natural**. No deberíamos olvidar que estamos ocupándonos de lo que es la primera etapa en el regreso de Wittgenstein a la filosofía y que en esta primera etapa él todavía no descubre la racionalidad específica del lenguaje psicológico y, en particular, todavía no realza la decisiva importancia de la asimetría característica del lenguaje psicológico entre el uso de los verbos psicológicos en primera persona y su uso en tercera persona. Lo que, sin embargo, Wittgenstein sí niega es que haya algo así como una “ciencia de la experiencia

²² L. Wittgenstein, *ibid.*, V, (53).

inmediata”; dicho de otro modo, estrictamente hablando no hay tal cosa como “fenomenología”. Como lo enunciará muchos años después en las *Observaciones sobre los Colores*:

*Si bien no hay tal cosa como fenomenología, sí hay problemas fenomenológicos.*²³

Yo creo que podemos sintetizar lo expuesto como sigue: la crítica del idealismo en general, la sospecha de que hay algo profundamente equivocado en la posición solipsista y el repudio de la concepción atomista-lógica del lenguaje hacen que Wittgenstein se mueva en una dirección completamente nueva, reivindicatoria del lenguaje natural y de rechazo de toda clase de posiciones filosóficas, *i.e.*, de cualquier “ismo”. Por lo pronto quisiera enfatizar que si se entiende la naturaleza de la discusión que Wittgenstein lleva a cabo en su primer manuscrito *post Tractatum*, su ulterior filosofía no podría en lo más mínimo sorprendernos.

Un último punto que no quisiera dejar pasar sin considerar tiene que ver con los requerimientos que acarrea la idea de intencionalidad del lenguaje. Como señalé más arriba, si bien en las *Observaciones* Wittgenstein todavía admite plenamente la idea de pictorialidad como un rasgo esencial del lenguaje enfatiza ahora otro rasgo igualmente fundamental, a saber, el de su “intencionalidad”, es decir, la idea de que el lenguaje es esencialmente un instrumento práctico, que está ahí a fin de ser usado **para algo**, que cumple siempre alguna función. Teniendo esto en mente, podemos encarar uno de los problemas que sistemáticamente se plantean en filosofía de la mente, a saber, el misterio en el que se cae por no poder dar cuenta de manera satisfactoria del conocimiento de los estados psicológicos de otros, *i.e.*, el así llamado ‘problema de las otras mentes’. Es obvio que si se asume la perspectiva del “lenguaje primario”, ni otros podrán nunca saber a ciencia cierta lo que le pasa a uno ni uno podrá saber con certeza lo que le pasa a otros. Cualquier teoría del lenguaje, la del *Tractatus* incluida, que se vea comprometida con una posición como esa se vuelve automáticamente una teoría fallida. Al descartar el lenguaje fenomenológico, Wittgenstein opta por una concepción en la que se reivindican las facultades expresivas del lenguaje natural. La condición para toda concepción del lenguaje que pretenda ofrecerse es que permita **verificar** lo que los hablantes afirman. Por eso dice:

²³ L. Wittgenstein, *Observaciones sobre los Colores*. Traducción al español de Alejandro Tomasini Bassols (Barcelona: Paidós/IIF, UNAM, 1994), I, (55). *Nota bene*: corrijo aquí mi propia traducción que no he tenido la oportunidad de corregir en la versión que entregué hace por lo menos 27 años y que desde entonces no ha sido factible revisar y pulir. .

*No es posible creer algo para lo cual no se pueda pensar alguna clase de verificación.*²⁴

Ahora bien, la “verificación” de la que habla Wittgenstein no es obviamente la verificación del empirista, clásico o lógico. Sería ridículo interpretar de ese modo lo que afirma, puesto que está rechazando la idea misma de un lenguaje primario. Él más bien está simplemente señalando que tenemos que estar en posición de adjudicarle un valor de verdad a cualquier auto-adscripción de estados de conciencia que cualquier hablante haga, puesto que es absurdo pensar que podríamos pasarnos toda la vida comunicándonos con los demás sin saber nunca realmente lo que les pasa. Esto, naturalmente, es algo que se aclarará por completo cuando Wittgenstein introduzca su importante noción de **criterio**. Por el momento, sin embargo, la idea de “verificación” sirve para reforzar el rechazo del lenguaje fenomenológico, el cual no permite el chequeo, la confirmación, la corroboración o la verificación de las aserciones en primera persona cuando es otro quien habla, no obstante lo cual sus propugnadores se conducen como si ello no fuera un problema tanto fundamental como ineludible. En verdad, la incapacidad de permitir la verificación de auto-adcripciones de estados mentales hechas por otros y la incompreensión por parte de otros de comprender mis auto-adcripciones de estados de conciencia dan pie a un argumento decisivo y definitivo en contra del supuesto lenguaje fenomenológico que ahora con displicencia se le adscribe a Wittgenstein a diestra y siniestra.

F) *Fin del misterioso “yo” del Tractatus*. Uno de los grandes atractivos del *Tractatus* lo constituyen los muy originales y convincentes pronunciamientos de Wittgenstein sobre el crucial tema filosófico de la naturaleza del “yo”. El punto relevante para nosotros es el siguiente:

Hay realmente un sentido en el que se puede hablar en filosofía de un Yo de un modo no psicológico.

Es porque “el mundo es mi mundo” que el yo hace su aparición en la filosofía.

*El Yo filosófico no es el ser humano, ni el cuerpo humano ni tampoco el alma humana, de la cual se ocupa la psicología, sino el sujeto metafísico, el límite del mundo, no una parte de él.*²⁵

Esta cita debería ser tomada en cuenta junto con el recordatorio, que me parece crucial, de que en el *Tractatus* Wittgenstein se desentiende por completo de consideraciones factuales. Por consiguiente, él no dice nada acerca de la relevancia del cuerpo en la constitución del “yo”. El “yo” tractariano es ante todo un “yo”

²⁴ L. Wittgenstein, *Observaciones Filosóficas*, VI, (59).

²⁵ L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (London: Routledge and Kegan Paul 1978), 5.641.

lingüístico, es decir, yo estoy constituido por todos aquellos estados a los que doy expresión cuando hablo en primera persona, es decir, cuando digo “cómo veo el mundo”. Mi mundo abarca todo aquello que puedo enunciar usando el lenguaje de la primera persona (‘yo veo que,..’, ‘yo pienso que ...’, ‘yo imagino que ...’, ‘yo siento que...’, etc.). Por así decirlo, yo “llego” hasta donde mi lenguaje – *i.e.*, el lenguaje que sólo yo comprendo o, si se prefiere, el único lenguaje que yo comprendo – me lo permite, es decir, hasta donde puedo usar los verbos psicológicos en primera persona. Así, yo soy quien tiene tal o cual recuerdo, tal o cual dolor, etc. El problema es que también yo soy quien tiene tal o cual cuerpo, tal o cual voz y demás, pero Wittgenstein se desentiende de lo corporal por ser “contingente” y por lo tanto su caracterización del “yo” inevitablemente es incompleta. De hecho, aunque explícitamente y con razón Wittgenstein rechaza toda idea de ego cartesiano, su posición global en el *Tractatus* es muy cartesiana, puesto que si bien es lógicamente posible que yo tuviera un cuerpo diferente no es lógicamente posible que yo tuviera otros estados de conciencia que los que de hecho tuve o tengo y que conforman mi identidad. En un caso así yo ya sería otra persona. Por consiguiente, aunque la propuesta tractariana es original y muy sugerente de todos modos es fallida puesto que, por no tomar en cuenta el cuerpo Wittgenstein deja de lado la mitad de las bases para la solución del problema.

Afortunadamente, en este punto las *Observaciones* chocan directamente con el *Tractatus*. En su afán de desmitificar la temática, Wittgenstein se va al extremo opuesto. Dice:

*Es claro que ‘yo’ se refiere a mi cuerpo, porque YO estoy en este cuarto; y ‘yo’ es esencialmente algo que está en un lugar y en un lugar que pertenece al mismo espacio en el que también están los otros cuerpos.*²⁶

Es, pues, claro el impulso anti-mentalista de Wittgenstein desde su reinicio en la filosofía. Desafortunadamente, su nuevo punto de vista es tan parcial y en la misma medida tan equivocado como el del *Tractatus*. No debería extrañarnos, por consiguiente, que muy pronto Wittgenstein lo abandone o, quizá mejor, lo complete. Será en el *Blue Book*, dictado en 1933-34, en donde Wittgenstein abrirá una nueva brecha reconociendo los **dos** usos de ‘yo’, el uso de ‘yo’ como sujeto y el uso de ‘yo’ como objeto. De ese tema, sin embargo, no habremos de ocuparnos aquí.

²⁶ L. Wittgenstein, *Observaciones Filosóficas*, V, (55).

III) ¿Revolución filosófica?

No cabe duda de que las *Investigaciones Filosóficas* son el símbolo de una revolución triunfante en filosofía, pero es igualmente cierto que el movimiento revolucionario que culminó en dicha obra empezó a gestarse con las *Observaciones Filosóficas*. Es este un libro novedoso, en el sentido relevante, libertario y quizá el libro más optimista de Wittgenstein. No es, como ya lo dije, un libro de resultados, pero es en cambio un libro de discusiones filosóficas, un libro en el que la filosofía es practicada. En verdad, lo difícil a este respecto es identificar al interlocutor, que en este caso son en mi lectura Russell y el *Tractatus*. No sólo Wittgenstein introduce ideas nuevas, sino que efectúa multitud de ejercicios filosóficos, de experimentos de pensamiento y da la pauta de lo que es hacer genuina filosofía. Con este libro empieza a tomar cuerpo lo que podríamos llamar la ‘transformación Gramatical de la filosofía’. Desafortunadamente, me resultaba imposible, por razones de tiempo y de espacio, efectuar una revisión, por superficial que fuera, de la segunda parte del libro, igualmente novedosa y apasionante, esto es la parte dedicada a las matemáticas y la lógica. Las *Observaciones Filosóficas* son en cierto sentido un libro de juventud, un libro explosivo, lleno de un entusiasmo con el que el autor contagia a sus lectores. Es además históricamente sumamente interesante, porque nos lleva a descubrir en el texto el inicio de una silenciosa lucha filosófica que empieza a darse entre el recién llegado a Cambridge, o sea, Wittgenstein, y su ex-maestro y el filósofo descollante en la Inglaterra de los años 20, viz., Bertrand Russell. Es sin duda éste, a través de grandiosas confusiones Gramaticales, quien le da los elementos a Wittgenstein para que este último inicie su nueva labor filosófica. Nadie aparte de Russell habría podido proporcionarle a Wittgenstein los enredos filosóficos de la calidad que se requería para que éste pudiera de nuevo arrancar en filosofía y dar inicio a su nueva aventura filosófica. Y es ese espíritu de rebeldía, de fuerza incontenible, de seguridad intelectual, de gestación de un nuevo modo, un modo inédito, de hacer filosofía, lo que encontramos en este espléndido texto de Wittgenstein de 1929. Vale la pena tener presente que las *Observaciones Filosóficas* son un texto publicado algunos años después de la muerte de Wittgenstein (en 1956), pero que fue redactado para que precisamente el filósofo que le sirve de blanco, o sea, Bertrand Russell, emitiera un veredicto sobre su valor e importancia de modo que, sobre la base de su veredicto, las autoridades de la Universidad de Cambridge pudieran inclinarse a conferirle a Wittgenstein una beca para desarrollar sus investigaciones y, sobre esa base, permitirle impartir clases y seminarios (i.e., como *lecturer*) en la universidad. Sobre el veredicto de Russell no me pronunciaré aquí, porque lo hago en varios de los ensayos de este libro. Para finalizar, diré simplemente que si tuviéramos que caracterizar de la manera más general posible, por ejemplo, al primer Wittgenstein, al Wittgenstein del *Tractatus*, tendríamos que decir que éste representa a la vez la perfección y el *non plus ultra* en la modalidad russelliana de hacer filosofía; si tuviéramos que referirnos al

Wittgenstein de la madurez, al Wittgenstein de las *Investigaciones*, de *Zettel* y de *Sobre la Certeza*, me parece que habría que señalar que en él encarna una nueva clase de sabiduría filosófica, la gran tradición liberadora de la anti-filosofía tradicional. Pero si tuviéramos que caracterizar al Wittgenstein intermedio, yo creo que lo que habría que decir es que fue algo así como un héroe de la filosofía, un Prometeo filosófico a quien ni el mismo Zeus habría querido castigar.